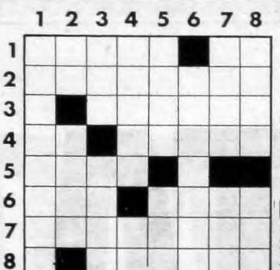
Con censura 32

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Parásito, el que vive a expensas de los demás / Símbolo químico del calcio.
2. Astutos, ladinos.
3. Garantizará.
4. Acuden. / Hacer ruido una cosa.
5. Pompa, ostentación.
6. Liviano, de poco peso. / Planta malvácea medicinal, de flores moradas.
7. Andanzas, correrías.
8. Diese aviso.

VERTICALES

1. Víveres, provisiones.
2. Calle, ruta. / Ocho más uno.
3. Poéticamente, diosa. / Ciudad de la República Democrática Alemana,
4. Libro, cavidad del estómago de los rumiantes. / Símbolo químico del titanio.
5. Que tiene sus partes más separadas de lo normal. / Cierto juego de naipes y de envite.
6. Bailará.
7. Parte de la pierna opuesta a la rodilla. / Art. det. fem., pl.
8. Mueble o estantería para guardar vasos. / Abrase.

SOLUCION 31

Letra censurada: La A.
Horizontales: 1) Vasallaje. 2) Rencillas. 3) Aria / Olas. 4) Eva / Orto. 5) Rema / Alero. 6) Orilla. 7) Naturales. 8) Modas / Raso.
Verticales: 1) Varadero. 2) Sé / Averno. 3) Lanar / Mitad. 4) Lacio / Lusa. 5) Ají / Rallar. 6) Elote / Lar. 7) Llora / Es. 8) Usas / Ocaso.

Verano/12

SUEÑOS DE VERANO

(Por Pedro Lipcovich) Ella cruza su brazo por sobre el cuerpo de él para tomar los cigarrillos de la mesa de luz, y le ofrece uno. El fuma con avidez, aparta un poco su cuerpo, calla. No ha podido, el inútil. El estúpido grandioso, el pendejo apaga con furia el cigarrillo contra el cenicero de la mesa de luz del dormitorio de la casa de veraneo de los padres de ella; ella, sin embargo, no parece irritada; quiere tomarle una mano, él se retrae, el impotente.

Lo tenía todo a su alcance, la casa, el veraneo, ella. Para fracasar ahora, justo ahora que ser hombre le hubiera abierto las puertas, cuerpo desnudo miserable, carnecita floja, carajo, vendedor de baratijas.

La idea era buena. El siempre tiene buenas ideas, el infeliz. Comprar anillitos, medallitas, aritos, en la calle Libertad, y venderlas en la playa. Pagarse el veraneo. El valiente: a dedo hasta la costa, y a vender: las hago yo mismo, señora, señorita. Y le creían. Gran mentiroso, triunfador. Pero no compraban. Lo felicitaban, sí, le admiraban las artesanías de la calle Libertad. En algún momento llegó a pensar que, en fin, era mal vendedor aunque buen artesano, fracasado, ella le está pidiendo el cenicero, él lo toma de la mesa de luz del papá, ella agradece discreta como no queriendo molestarlo en su cavilación, como si ella tuviera la culpa, tendría que estar nerviosa, insatisfecha, pensando en otros hombres, en hombres de veras que sí.

Ni se le ocurrió que ella fuera para él: ella fue que le dio charla, le elogió tanto las artesanías aunque no compró ninguna, le preguntó la edad, veintiuno, debiera haber dicho más, no sabe mentir el inútil, el artesano. Y él la invitó para caminar, qué otra cosa, después a la nochecita, y, gran sorpresa, ella estaba, se había arreglado como si quisiera gustarle a él. Y recién entonces vio que ella tenía unos ojos como de mirar chicos dormidos, y las caderas que, ella le dice algo ahora, no importa, están bien así, juntos, dice ella y él asiente, mentira, quisiera irse, no, no quisiera irse, por lo menos morirse o aunque sea darse vuelta pero se sentiría más desnudo dándole la espalda, las nalgas, todo andaba tan bien, demasiado bien, ella hablaba en voz baja mientras caminaban, dijo que se había separado, no dijo que estaba triste, trabajaba con el padre, había venido a pasar unos días sola. ¿Y él? El no sabía mentir, le dijo que vivía de la artesanía, tenía un puesto en plaza Francia, era escultor. ¿A ver tus manos? Las mostró ruborizándose, en sus manos ella iba a leer la mentira, el escultor. "Son fuertes", dijo ella, y él hasta le creyó. Y justo ahora ella le toma una mano, él ya no puede retirarla, sería descortesía, hasta en la cama tiene que haber cortesía, ridículamente desnudos, tomados de la mano como novios, él es un globo desinflado, con la excusa de prender un cigarrillo suelta la mano de ella que sin embargo es tan tibia, y ella le dice: "¿Sabés qué hace mi papá?" Qué sé yo, qué importa, financista, ministro, sultán, no sabe, dice. "Tiene un negocio de fantasías en la calle Libertad".

Los ojos de ella tienen chispitas de risa. Por un momento largo —que sabe crucial—, él le inspecciona la risa, de qué, para qué ríen esos ojos. Y ahora él ríe, también. Les sube, les viene, se les escapa la risa, por los ojos, la boca, las manos, y ya van a empezar a reír y reír con todo el cuerpo.

EL NEGOCIO DE LAS FANTASIAS

LATA PE

(DIRECCION I

Por Ricardo Zelarayán

Su primer libro, *La obsesión del espacio*, convirtió a Zelarayán en una de las figuras más importantes de la literatura argentina de los años '60. La escasez de la edición convirtió al texto en un tesoro y acrecentó la leyenda. El año pasado Catálogos Editora publicó una de las

varias novela
furioso, *La p*
también circu
fragmento de
según sus pa
terminar— c
Zelarayán es



La mula se ha detenido de pronto en la cornisa angosta. Dejar pensar a la mula empacada aunque la noche muda se vuelva espesa. ¡Ojo con darle con los talones! ¡Ni azuzarla siquiera! Con un abismo de más de mil metros, cerro abajo, uno depende de ella.

Hombre que no quiere dormirse se duerme lo mismo. "¿De dónde habrá salido esa mujer parada en el marco de una puerta, con una valija de un lado y un hombre alto y flaco del otro?" Los dos lo miran fijo sin decir palabra. ¿Gritar? ¿Cómo? Ni hablar puede. Hace un esfuerzo enorme... Consigue al fin abrir los ojos y 'ai nomás larga un alarido...

El eco de la montaña lo despabila. A lo lejos relampaguea. Vuelve a verse sobre la mulita, que ahora sube lenta, seguramente, por la pendiente estrecha y pedregosa en medio de la oscuridad. Ya anda cerca del rancho de piedra. Lo huele... "Pero, ¿quién sería esa chinita de la valija y ese flaco que me miraban? ¿No será un sueño ajeno? ¿Un sueño cambiado?", piensa el hombre.

Chumbita duerme la mona. Se lo oye roncar sin verlo. La coya, arrinconada espera abierta de piernas otra embestida del boliviano. El Hombre de la Mula Empacada empuja la puerta entreabierta. Avanza a tientas, palpándose la caja de fósforos con la mano izquierda. A más del ronquido de Chumbita, otras respiraciones le dicen algo. De puro comedido se detiene en la oscuridad hasta que termina el jadeo. Recién entonces manotea una vela. La coya, que lo ha reconocido en la penumbra, se sienta en cuclillas mientras el boliviano se acomoda los pantalones. "¿Qué me dice don Gaitán? ¿Cómo le va yendo? ¡Arrimese pues!". Hace una seña y el boliviano, siempre de espaldas, sale lentamente sin saludar. El Hombre de la Mula Empacada trata de orientarse en la oscuridad, atropellando de paso botellas vacías. Junto a la coya sentada en el suelo, alcanza a ver otro cuerpo tumbado en el piso. No es Chumbita, seguro. El ronquido sigue llegando desde la cocina. El Hombre de la Mula Empacada deja de pensar. La coya me lo ha prendido de un vaso grande de chicha morada. Después, de otro y otro. Nadie lleva la cuenta. Al rato, una coyita de unos quince años se aparece cantando y meneándose en la penumbra. "Se me ha puesto grande de repente, ¿vio, don? Si gusta se la doy ahora nomás... Es muy servicial, ¿sabe?" La coyita sigue cantando, quieta, con la mirada en el suelo. Sin preocuparse si él es don Gaitán o no, el recién llegado se acomoda como puede sobre cajones que apenas ve. Vuelve a escuchar el ronquido de Chumbita y lo imagina amontonado sobre pellones pulguientos. Recuerda que más de una vez, igual que el bolivianito que salió sin saludar, él también arrinconó allí a la coya vieja, aunque ha olvidado los detalles y la ocasión. La coya grande le alcanza desde el suelo otro vaso de chicha brava... "¿Qué me lo ha traído por acá, don? ¿El ruido nomás? o es que ha maliciado algo? ¡Jua, jua! ¿O se me ha equivocado de casa?" De golpe el don se pierde y entra a confundir las cosas. Un sauce crecido en la arena rala del río Grande se le entrevera con una mordedura de víbora de mucho más lejos y con la noche aquella en que un camión lo tumbó de boca en la ruta, y creyó llegar a la otra orilla de la vida. Las botellas del suelo las ve ahora en medio de la corriente del río, cuerpeándoles a las aguas bravas y a los picotazos de las piedras. En otra arruga de la vida, el don ha ido a parar entre dos sauces. La puerta que está golpeando no es la de la casa de piedra de Chumbita, el del ronquido. Cuando le abren, alcanza apenas a ver un corredor oscuro, largo y angosto. Hasta que se enciende al final una lucecita lejana. "El Patrón sulfuroso debe andar por el fondo...", susurran a coro voces sin cuerpo. Y a él lo dejan esperando entre pilas de bolsas de azúcar, sin acordarse de quién lo mandó a ver al Patrón Sulfuroso ése... De pronto se ve montado en una yegua más blanca que el azúcar. Y más arisca que una moto. Y al suelo nomás, en los pedregales. Pura ceniza, puro recuerdo, se dice después al verse en un montacargas que no puede parar. Le han dicho que el dueño de la mina de azufre le anda queriendo robar una hija, y él quiere conocerlo, nada más... Toda puñalada es corta en la inmensidad. Y al don le hacen cosquillas en las patas descalzas, con ramitos de albahaca. "¡Velay! ¡Esta coyita habia sido igual a la Eva!". Es un segundo nomás. La sangre sale de adentro como siempre. La herida le va secreteando de a poco... La sangre y la bosta tienen la misma historia pareja y secreta. La mulita que se le empacó al don, olvidada en la intemperie, se despatarra entre las piedras como pucho sin apagar. La tierra entera pasa hamacándose mientras el cielo parpadea. El hilo se corta. Don Gaitán vuelve a ser la sombra que pisa fuerte. Y la coyita anda vomitando lindo, transparente... Las velas encendidas caminan solas. De afuera se mete una ráfaga helada y polvorienta. Todos terminan encimados. ¡Con tanto frío! ¡Así se ha hecho la patria! Y la ráfaga trae un eco lejano que nadie oye. La mulita despatarrada al raso anda esquivándole a un cóndor. Ahora se endereza y hace polvareda hasta que el otro no insiste. Después hasta se da el lujo de empacarse sola, sin el patrón encima. Patroncito adentro, la coya grande se llena de arrugas de golpe. ¡Ahora le toca a ella agitar en el aire flamantes patas de cabra! El Hombre de la Mula Empacada se ha caido del montón de friolentos, justo cuando la coyita se sacude del cuerpo al cumpa que consiguió embocarla, dormido y todo. Y el curupí de Maimará se palpa por las dudas en el suelo, la plata que le robó a don Barrientos, justo cuando se estaba muriendo. La luz anda penando. La coya vieja tiesa en el piso para siempre. Y se arma una timba de vivos y muertos. Los dados caidos valen lo mismo hasta que una pata descalza apaga, una a una, las velas que quedan. Y hay dos trenzados a muerte en el suelo por billetes que no se ven. Don Gaitán sigue en la misma. La coyita se le ha abierto de piernas sin largar billetes que aprieta fuerte. Afuera, la mulita empacada se aguanta el viento blanco lo mismo que el boliviano aquel, que se fue sin saludar. La vida se acorta o se alarga sin que dependa de nadie. ¡Ojo con la memoria despareja, corta o larga, propia o ajena!

A cada cual lo suyo. El bolivianito aquel volvió también sin saludar. Un cartucho de dinamita de la mina era suficiente. Por las dudas se trajo dos...¡¡¡Viva Bolivia!!! Hay muchas maneras de hacer patria sin esperar el dia siguiente.

El Patrón Sulfuroso se acuerda tarde de echarle sus perros negros al Hombre de la Mula Empacada. Se le hace que lo sigue esperando entre las pilas de bolsas de azúcar... ¡Qué chasco! No tanto para los perros que acaban peleándose hasta que los ladridos se apagan. La arruga de aquel tiempo se ha borrado, mal que le pese al mismísimo Patrón Sulfuroso. El Hombre de la Mula Empacada, sea don Gaitán o no, seguro que anda lo más campante en algún otro pliegue de la vida, lo mismo que aquella yegua blanca, más arisca que moto suelta.

La jornada ha terminado en los socavones penumbrosos de la mina. Don Gaitán sale a la superficie con el casco puesto y la linterna sin apagar. Aspira el aire helado de la Puna y en lo que menos piensa es en aquella casa de piedra de Chumbita.

No hay quien oiga el estallido. La mula pensativa se desmorona de golpe en la intemperie y rueda entre las piedras hasta que se prende con los dientes de una mata rala. "O me aguantás o te como". En eso está.

LATA PEINADA

(DIRECCION NORTE)

Por Ricardo Zelarayán

Su primer libro, *La obsesión del espacio*, convirtió a Zelarayán en una de las figuras más importantes de la literatura argentina de los años '60. La escasez de la edición convirtió al texto en un tesoro y acrecentó la leyenda. El año pasado Catálogos Editora publicó una de las varias novelas inéditas de este entrerriano furioso, *La piel de caballo*, que también circuló en secreto. Este fragmento de una larga novela —que, según sus palabras, todavía no alcanza a terminar— confirma que a Ricardo Zelarayán es indispensable leerlo.

La mula se ha detenido de pronto en la cornisa angosta. Dejar pensar a la mula empacada aunque la noche muda se vuelva espesa. ¡Ojo con darle con los talones! ¡Ni azuzarla siquiera! Con un abismo de más de mil metros, cerro abajo, uno depende de ella.

Hombre que no quiere dormirse se duerme lo mismo. "¿De dónde habrá salido esa mujer parada en el marco de una puerta, con una valija de un lado y un hombre alto y flaco del otro?" Los dos lo miran fijo sin decir palabra. ¿Gritar? ¿Cómo? Ni hablar puede. Hace un esfuerzo enorme... Consigue al fin abrir los ojos y 'aï nomás larga un alarido...

El eco de la montaña lo despabila. A lo lejos relampaguea. Vuelve a verse sobre la mulita, que ahora sube lenta, seguramente, por la pendiente estrecha y pedregosa en medio de la oscuridad. Ya anda cerca del rancho de piedra. Lo huele... "Pero, ¿quién sería esa chinita de la valija y ese flaco que me miraban? ¿No será un sueño ajeno? ¿Un sueño cambiado?", piensa el hombre.

Chumbita duerme la mona. Se lo oye roncar sin verlo. La coya, arrinconada espera abierta de piernas otra embestida del boliviano. El Hombre de la Mula Empacada empuja la puerta entreabierta. Avanza a tientas, palpándose la caja de fósforos con la mano izquierda. A más del ronquido de Chumbita, otras respiraciones le dicen algo. De puro comedido se detiene en la oscuridad hasta que termina el jadeo. Recién entonces manotea una vela. La coya, que lo ha reconocido en la penumbra, se sienta en cuclillas mientras el boliviano se acomoda los pantalones. "¿Qué me dice don Gaitán? ¿Cómo le va yendo? ¡Arrímese pues!". Hace una seña y el boliviano, siempre de espaldas, sale lentamente sin saludar. El Hombre de la Mula Empacada trata de orientarse en la oscuridad, atropellando de paso botellas vacías. Junto a la coya sentada en el suelo, alcanza a ver otro cuerpo tumbado en el piso. No es Chumbita, seguro. El ronquido sigue llegando desde la cocina. El Hombre de la Mula Empacada deja de pensar. La coya me lo ha prendido de un vaso grande de chicha morada. Después, de otro y otro. Nadie lleva la cuenta. Al rato, una coyita de unos quince años se aparece cantando y meneándose en la penumbra. "Se me ha puesto grande de repente, ¿vio, don? Si gusta se la doy ahora nomás... Es muy servicial, ¿sabe?" La coyita sigue cantando, quieta, con la mirada en el suelo. Sin preocuparse si él es don Gaitán o no, el recién llegado se acomoda como puede sobre cajones que apenas ve. Vuelve a escuchar el ronquido de Chumbita y lo imagina amontonado sobre pellones pulguientos. Recuerda que más de una vez, igual que el bolivianito que salió sin saludar, él también arrinconó allí a la coya vieja, aunque ha olvidado los detalles y la ocasión. La coya grande le alcanza desde el suelo otro vaso de chicha brava... "¿Qué me lo ha traído por acá, don? ¿El ruido nomás? o es que ha maliciado algo? ¡Jua, jua! ¿O se me ha equivocado de casa?" De golpe el don se pierde y entra a confundir las cosas. Un sauce crecido en la arena rala del río Grande se le entrevera con una mordedura de víbora de mucho más lejos y con la noche aquella en que un camión lo tumbó de boca en la ruta, y creyó llegar a la otra orilla de la vida. Las botellas del suelo las ve ahora en medio de la corriente del río, cuerpeándoles a las aguas bravas y a los picotazos de las piedras. En otra arruga de la vida, el don ha ido a parar entre dos sauces. La puerta que está golpeando no es la de la casa de piedra de Chumbita, el del ronquido. Cuando le abren, alcanza apenas a ver un corredor oscuro, largo y angosto. Hasta que se enciende al final una lucecita lejana. "El Patrón sulfuroso debe andar por el fondo...", susurran a coro voces sin cuerpo. Y a él lo dejan esperando entre pilas de bolsas de azúcar, sin acordarse de quién lo mandó a ver al Patrón Sulfuroso ése... De pronto se ve montado en una yegua más blanca que el azúcar. Y más arisca que una moto. Y al suelo nomás, en los pedregales. Pura ceniza, puro recuerdo, se dice después al verse en un montacargas que no puede parar. Le han dicho que el dueño de la mina de azufre le anda queriendo robar una hija, y él quiere conocerlo, nada más... Toda puñalada es corta en la inmensidad. Y al don le hacen cosquillas en las patas descalzas, con ramitos de albahaca. "¡Velay! ¡Esta coyita había sido igual a la Eva!". Es un segundo nomás. La sangre sale de adentro como siempre. La herida le va secreteando de a poco... La sangre y la bosta tienen la misma historia pareja y secreta. La mulita que se le empacó al don, olvidada en la intemperie, se despatarra entre las piedras como pucho sin apagar. La tierra entera pasa hamacándose mientras el cielo parpadea. El hilo se corta. Don Gaitán vuelve a ser la sombra que pisa fuerte. Y la coyita anda vomitando lindo, transparente... Las velas encendidas caminan solas. De afuera se mete una ráfaga helada y polvorienta. Todos terminan encimados. ¡Con tanto frío! ¡Así se ha hecho la patria! Y la ráfaga trae un eco lejano que nadie oye. La mulita despatarrada al raso anda esquivándole a un cóndor. Ahora se endereza y hace polvareda hasta que el otro no insiste. Después hasta se da el lujo de empacarse sola, sin el patrón encima. Patroncito adentro, la coya grande se llena de arrugas de golpe. ¡Ahora le toca a ella agitar en el aire flamantes patas de cabra! El Hombre de la Mula Empacada se ha caído del montón de friolentos, justo cuando la coyita se sacude del cuerpo al cumpa que consiguió embocarla, dormido y todo. Y el curupí de Maimará se palpa por las dudas en el suelo, la plata que le robó a don Barrientos, justo cuando se estaba muriendo. La luz anda penando. La coya vieja tiesa en el piso para siempre. Y se arma una timba de vivos y muertos. Los dados caídos valen lo mismo hasta que una pata descalza apaga, una a una, las velas que quedan. Y hay dos trenzados a muerte en el suelo por billetes que no se ven. Don Gaitán sigue en la misma. La coyita se le ha abierto de piernas sin largar billetes que aprieta fuerte. Afuera, la mulita empacada se aguanta el viento blanco lo mismo que el boliviano aquel, que se fue sin saludar. La vida se acorta o se alarga sin que dependa de nadie. ¡Ojo con la memoria despareja, corta o larga, propia o ajena!

A cada cual lo suyo. El bolivianito aquel volvió también sin saludar. Un cartucho de dinamita de la mina era suficiente. Por las dudas se trajo dos...¡¡¡Viva Bolivia!!! Hay muchas maneras de hacer patria sin esperar el día siguiente.

El Patrón Sulfuroso se acuerda tarde de echarle sus perros negros al Hombre de la Mula Empacada. Se le hace que lo sigue esperando entre las pilas de bolsas de azúcar... ¡Qué chasco! No tanto para los perros que acaban peleándose hasta que los ladridos se apagan. La arruga de aquel tiempo se ha borrado, mal que le pese al mismísimo Patrón Sulfuroso. El Hombre de la Mula Empacada, sea don Gaitán o no, seguro que anda lo más campante en algún otro pliegue de la vida, lo mismo que aquella yegua blanca, más arisca que moto suelta.

La jornada ha terminado en los socavones penumbrosos de la mina. Don Gaitán sale a la superficie con el casco puesto y la linterna sin apagar. Aspira el aire helado de la Puna y en lo que menos piensa es en aquella casa de piedra de Chumbita.

No hay quien oiga el estallido. La mula pensativa se desmorona de golpe en la intemperie y rueda entre las piedras hasta que se prende con los dientes de una mata rala. "O me aguantás o te como". En eso está.

Acre olor del horno de ladrillos. Humareda amarga a pocos pasos del cementerio. Más amarga que los terrones que arrojaron las palas sobre el cajón del finado. El solazo raja la tierra. La flamante viuda ya lo sabe todo. Como todo el mundo... Farfán tenía que jugarse y se jugó. Le salió mal y ya no habrá otra ocasión en la vida. Al otro le fue bien... Pero anda prófugo. Cosas de hombres, dicen hasta las mujeres, aunque no hubiera ninguna mujer en juego. La viuda de Farfán ha pedido que la dejen sola, que no la hagan llorar. Ahora tiene para andar ocho cuadras de tierra bajo el sol que quema. Dos cuadras entre la humareda del horno de ladrillos, las otras bajo la mirada atenta de los vecinos recién salidos de la siesta.

Los dos están que se caen de machados. Pero los otros los empujan. Farfán se prende un momento de las ramitas de un molle para no tumbarse. Lo ayudan. El otro se tambalea sin dejar de putear al aire. Esa siesta hermosa, todos se han puesto de acuerdo al final. Nada de cuchillos. Dos garrotes iguales de algarrobo para cada uno, y una pieza grande, larga, bien oscura. Todo ha sido previsto y conseguido. Uno y otro han caído en una trampa de inocentes. Pero eso no lo piensan ellos ni nadie. El asunto se resuelve sin cobardes o con valientes a la fuerza. La amistad se oscurece hasta que la cosa entre hombres se aclare.

"¡Ahora...! ¡Adentro los dos, mierda!" Y los meten a empujones, cada cual con su garrote, en la pieza oscura "¡Traé eso que acá te anda estorbando!", alcanza a oír Vilte cuando le arrancan los Ray-Band que llevaba puestos. Y ya les cierran la puerta con violencia. Y la traban...

"¡La gran puta!", piensa Farfán recobrando algo la conciencia. Tarde se acuerda que en esto también hay trampa "¡Qué me hubiera costado meterme yesca en una mano y al entrar plantársela al otro en el hombro"! Hombro que reluce en las tinieblas sirve para darle al muñeco justo en la cabeza... "¿No me la habrá hecho él a mí?". Por las dudas, se sacude los hombros, rapidito, despacito. En un comienzo la oscuridad total. Farfán y el que no es Farfán, Vilte y el que no es Vilte, buscan olfatearse con la oreja y la nariz, conteniendo la respiración. ¡Nariz en falso! Uno huele en el otro el mismo licor que llevan los dos encima y que chuparon todos. ¡No sirve! Aguzan entonces las orejas que ya quisieran moverse para todos lados. La cosa se alarga, parece. Vilte cree oír apenas el ruidito de una alpargata de Farfán... ¡Y se larga! Lágrima, piedra quiso ser. El golpe ha dado en la pared. Farfán siente el vientito en la cara. Se orienta por él, y ¡fafff! ¡Le dio! Siente caer a Vilte y larga otro golpe casi al ras del suelo. Lo oye quejarse. "Lo tengo, lo tengo", se ilusiona, hasta que recibe un fuerte garrotazo en el hombro que lo despatarra como catre, sin voltearlo del todo. Se endereza lentamente y entra a tirar golpes para todos lados. Busca a tientas la pared. ¡Cuidado! Siente venir al otro de un salto y apunta, ¡pafff! El otro se queja. ¡Buen indicio! ¡Si no anda por el suelo, cerca andará! Esta vez se encarniza. ¡Pafff! ¡Pafff! ¡Pom! El golpe en el suelo orienta ahora a Vilte. Farfán se aguanta a duras penas un feroz garrotazo en el cogote. ¡Todo el suelo para él ahora! ¡Y encima, flor de patada en el estómago! Aprieta los dientes pa no quejarse. Retrocede penosamente, de rodillas y dispara un garrotazo certero, pero sin fuerza, en la boca de Vilte... Y enseguida los dos se olvidan de todo. Uno de ellos acomete contra el otro que se repliega y no se sabe quién es. ¡Ya están gritando los dos! Ahora, uno de ellos ha dado con todo. El otro que se queja más fuerte que nunca. ¡Lo tiene localizado! ¡Y pega, pega, pega, y sigue pegando vaya a saber cuántas veces más! ¡Pero seguro que da! No se oyen quejidos pero sigue pegando igual. ¡Qué mierda se va a quejar! si ¡ya ni siquiera respira! El vencedor tantea ahora con el pie el cuerpo inmóvil y blando en el suelo y enseguida comienza a sentir los golpes que recibió y no sintió en su momento. Le duele ferozmente la cabeza, la boca, un hombro, la espalda. Silencio total. No se oyen voces afuera. ¿Qué se han hecho los amigos? ¿Los que los metieron en este baile? Tanteando en la oscuridad, encuentra la puerta cerrada. Golpea fuerte para que le abran. Nada. Nada. Ni el menor ruidito. No da más. Entra a forzar la puerta con el garrote de algarrobo que no ha soltado en ningún momento. Ahora grita, golpea duro. ¡Y meta y meta! Cuando la puerta desvencijada cede, entra de lleno la luz del sol que lo encandila. Ahora recién se convence de que es Farfán y no él, quien ha quedado tendido en el suelo. El sol lo enceguece. Vuelve a acordarse. "¿Dónde se habrán metido los otros? ¡Que me devuelvan por lo menos mis Ray-Band!". Pero afuera no hay un alma. Nada más que sol sobre la tierra seca del descampado y a lo lejos los pocos molles y sauces, y los cerros de siempre. Vuelve a entrar en la pieza. Recoge rápidamente el palo de Farfán. Se lleva los dos garrotes hasta un pedregal. Se cree invisible durante doscientos metros. Esconde apurado los palos entre las piedras y luego se pasa tierra arenosa por la cara. ¡Ha ganado porque tenía que ganar! ¡Con un solo ojo! Pero le arden los dos, no sólo el que ve. El Vilte encandilado se escarba ahora los bolsillos. Unos pocos pesos le alcanzan apenas para dos días. Tiene que viajar enseguida. Se acuerda del Payo de Abra Pampa, que le debe favores. Hasta una muerte, dicen. Esta vez el Payo tendrá que darle una mano grande. Tuerce la izquierda, hacia la ruta, por una sendita en diagonal entre tolas y pedrones. Antes de media hora, calcula por el sol, pasa un "atahualpa" hacia el norte.

La viuda de Farfán intenta dormir la siesta perdida... Mientras, repasa los Vilte que ha conocido, porque a este Vilte lo anda confundiendo. "¿Será aquel que sabía pasar de vez en cuando por aquí? ¿Pero era un Vilte o un Vilca?"



NADA

ORTE)

s inéditas de este entrerriano
el de caballo, que
uló en secreto. Este
una larga novela —que,
alabras, todavía no alcanza a
onfirma que a Ricardo
indispensable leerlo.

Acre olor del horno de ladrillos. Humareda amarga a pocos pasos del cementerio. Más amarga que los terrones que arrojaron las palas sobre el cajón del finado. El solazo raja la tierra. La flamante viuda ya lo sabe todo. Como todo el mundo... Farfán tenía que jugarse y se jugó. Le salió mal y ya no habrá otra ocasión en la vida. Al otro le fue bien... Pero anda prófugo. Cosas de hombres, dicen hasta las mujeres, aunque no hubiera ninguna mujer en juego. La viuda de Farfán ha pedido que la dejen sola, que no la hagan llorar. Ahora tiene para andar ocho cuadras de tierra bajo el sol que quema. Dos cuadras entre la humareda del horno de ladrillos, las otras bajo la mirada atenta de los vecinos recién salidos de la siesta.

Los dos están que se caen de machados. Pero los otros los empujan. Farfán se prende un momento de las ramitas de un molle para no tumbarse. Lo ayudan. El otro se tambalea sin dejar de putear al aire. Esa siesta hermosa, todos se han puesto de acuerdo al final. Nada de cuchillos. Dos garrotes iguales de algarrobo para cada uno, y una pieza grande, larga, bien oscura. Todo ha sido previsto y conseguido. Uno y otro han caído en una trampa de inocentes. Pero eso no lo piensan ellos ni nadie. El asunto se resuelve sin cobardes o con valientes a la fuerza. La amistad se oscurece hasta que la cosa entre hombres se aclare.

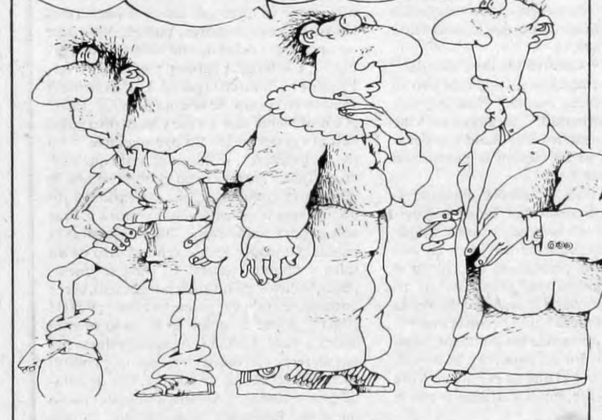
"¡Ahora...! ¡Adentro los dos, mierda!" Y los meten a empujones, cada cual con su garrote, en la pieza oscura "¡Traé eso que acá te anda estorbando!", alcanza a oír Vilte cuando le arrancan los Ray-Band que llevaba puestos. Y ya les cierran la puerta con violencia. Y la traban...

"¡La gran puta!", piensa Farfán recobrando algo la conciencia. Tarde se acuerda que en esto también hay trampa "¡Qué me hubiera costado meterme yesca en una mano y al entrar plantársela al otro en el hombro"! Hombro que reluce en las tinieblas sirve para darle al muñeco justo en la cabeza... "¿No me la habrá hecho él a mí?". Por las dudas, se sacude los hombros, rapidito, despacito. En un comienzo la oscuridad total. Farfán y el que no es Farfán, Vilte y el que no es Vilte, buscan olfatearse con la oreja y la nariz, conteniendo la respiración. ¡Nariz en falso! Uno huele en el otro el mismo licor que llevan los dos encima y que chuparon todos. ¡No sirve! Aguzan entonces las orejas que ya quisieran moverse para todos lados. La cosa se alarga, parece. Vilte cree oír apenas el ruidito de una alpargata de Farfán... ¡Y se larga! Lágrima, piedra quiso ser. El golpe ha dado en la pared. Farfán siente el vientito en la cara. Se orienta por él, y ¡fafff! ¡Le dio! Siente caer a Vilte y larga otro golpe casi al ras del suelo. Lo oye quejarse. "Lo tengo, lo tengo", se ilusiona, hasta que recibe un fuerte garrotazo en el hombro que lo despatarra como catre, sin voltearlo del todo. Se endereza lentamente y entra a tirar golpes para todos lados. Busca a tientas la pared. ¡Cuidado! Siente venir al otro de un salto y apunta, ¡pafff! El otro se queja. ¡Buen indicio! ¡Si no anda por el suelo, cerca andará! Esta vez se encarniza: ¡Pafff! ¡Pafff! ¡Pom! El golpe en el suelo orienta ahora a Vilte. Farfán se aguanta a duras penas un feroz garrotazo en el cogote. ¡Todo el suelo para él ahora! ¡Y encima, flor de patada en el estómago! Aprieta los dientes pa no quejarse. Retrocede penosamente, de rodillas y dispara un garrotazo certero, pero sin fuerza, en la boca de Vilte... Y enseguida los dos se olvidan de todo. Uno de ellos acomete contra el otro que se repliega y no se sabe quién es. ¡Ya están gritando los dos! Ahora, uno de ellos ha dado con todo. El otro que se queja más fuerte que nunca. ¡Lo tiene localizado! ¡Y pega, pega, pega, y sigue pegando vaya a saber cuántas veces más! ¡Pero seguro que da! No se oyen quejidos pero sigue pegando igual. ¡Qué mierda se va a quejar! si ¡ya ni siquiera respira! El vencedor tantea ahora con el pie el cuerpo inmóvil y blando en el suelo y enseguida comienza a sentir los golpes que recibió y no sintió en su momento. Le duele ferozmente la cabeza, la boca, un hombro, la espalda. Silencio total. No se oyen voces afuera. ¿Qué se han hecho los amigos? ¿Los que los metieron en este baile? Tanteando en la oscuridad, encuentra la puerta cerrada. Golpea fuerte para que le abran. Nada. Nada. Ni el menor ruidito. No da más. Entra a forzar la puerta con el garrote de algarrobo que no ha soltado en ningún momento. Ahora grita, golpea duro. ¡Y meta y meta! Cuando la puerta desvencijada cede, entra de lleno la luz del sol que lo encandila. Ahora recién se convence de que es Farfán y no él, quien ha quedado tendido en el suelo. El sol lo enceguece. Vuelve a acordarse. "¿Dónde se habrán metido los otros? ¡Que me devuelvan por lo menos mis Ray-Band!". Pero afuera no hay un alma. Nada más que sol sobre la tierra seca del descampado y a lo lejos los pocos molles y sauces, y los cerros de siempre. Vuelve a entrar en la pieza. Recoge rápidamente el palo de Farfán. Se lleva los dos garrotes hasta un pedregal. Se cree invisible durante doscientos metros. Esconde apurado los palos entre las piedras y luego se pasa tierra arenosa por la cara. ¡Ha ganado porque tenía que ganar! ¡Con un solo ojo! Pero le arden los dos, no sólo el que ve. El Vilte encandilado se escarba ahora los bolsillos. Unos pocos pesos le alcanzan apenas para dos días. Tiene que viajar enseguida. Se acuerda del Payo de Abra Pampa, que le debe favores. Hasta una muerte, dicen. Esta vez el Payo tendrá que darle una mano grande. Tuerce la izquierda, hacia la ruta, por una sendita en diagonal entre tolas y pedrones. Antes de media hora, calcula por el sol, pasa un "atahualpa" hacia el norte.

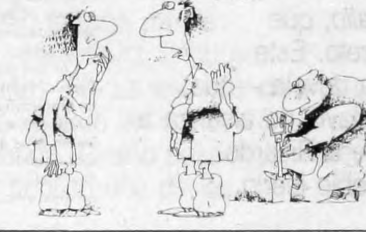
La viuda de Farfán intenta dormir la siesta perdida... Mientras, repasa los Vilte que ha conocido, porque a este Vilte lo anda confundiendo. "¿Será aquel que sabía pasar de vez en cuando por aquí? ¿Pero era un Vilte o un Vilca?"











Ediciones de la Flor

JUEGOS

32 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	M				
2					
3					
4					
5					
6		O			
7					
8					
9	T				

DEFINICIONES

1. Nombre de mujer.
2. Persona vil e indigna.
3. Divida en partes.
4. Masa de harina.
5. Raza, linaje.
6. Orilla del mar.
7. Precio de las cosas.
8. Puso de color moreno, torró.
9. Falto de inteligencia.

32 "LA SOPA DEL 7"

G	A	M	U	F	A	M	J	Y	T
M	A	B	U	F	A	N	D	A	N
I	L	O	P	O	C	S	E	T	O
N	A	E	H	C	O	R	B	T	E
T	R	I	O	L	R	S	O	B	N
R	T	N	E	T	T	O	O	M	E
O	O	M	I	G	O	L	S	O	C
L	E	D	N	O	S	N	U	O	R
G	U	E	A	O	A	H	R	A	P
O	R	I	B	S	M	B	L	I	A
R	L	E	L	R	A	L	T	C	S
S	E	I	E	T	O	P	S	A	I
P	A	T	A	C	S	E	A	T	L

Encuentre los nombres de 7 adornos y complementos que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

32 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
8	3	2	4	1	1
6	9	4	5	1	0
9	7	4	1	0	2
5	6	0	3	1	0

				B	R
				4	0
3	1	8	9	0	3
6	5	4	8	0	1
8	4	5	1	1	1
9	7	2	3	2	0

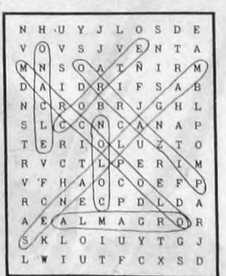
SOLUCIONES

31

"TRANSFORMACION"

FALLA
TALLA
TALLO
GALLO
GALIO
SALIO
SACIO
VACIO
VICIO

"LA SOPA DEL 7"



N	H	U	Y	J	L	O	S	D	E
V	O	V	S	J	V	E	N	T	A
M	N	S	O	A	T	Ñ	I	R	M
D	A	I	D	R	I	F	S	A	B
N	C	R	O	B	R	J	G	H	L
S	L	C	C	N	C	A	N	A	P
T	E	R	I	O	L	U	Z	T	O
R	V	C	T	L	P	E	R	I	M
V	F	H	A	O	C	O	E	F	P
R	C	N	E	C	P	D	L	D	A
A	E	A	L	M	A	G	R	O	R
S	K	L	O	I	U	Y	T	G	J
L	W	I	U	T	F	C	X	S	D

"NUMERO OCULTO"

1. 6475
2. 3672